

Primer Festival Americano de Pintura

Siñéndonos estrictamente a la apreciación estético-visual, que para nosotros significa determinar el recíproco tutelaje de calidad y actualidad artísticas, registramos en el Festival Americano de Pintura un decoroso nivel medio; incluso bueno, si lo comparamos con el de las obras latinoamericanas de hace 5 ó 10 años. Sobre este nivel destaca, como conjunto —y siempre comparativamente—, el envío argentino, tanto por su pulcra ejecución como por su decidido vanguardismo.

Tomando las obras individualmente, reparamos en dos casos extremos: un óleo de Matta de indiscutible calidad, pero inactual, y el cinetismo lumínico de Rodríguez de gran actualidad, pero cualitativamente controvertible. En principio ni cabe comparación cualitativa entre obras de finalidad, material y procedimiento tan distintos como en este caso. Rodríguez no puede, pues, pintar con la calidad de Matta, ni a éste le sería posible construir un objeto de la calidad de aquél, como ya lo ha demostrado con su "Cubo Abierto" que, obedeciendo a un intento de renovación, expuso hace poco en el "I.A.C.". Y es que calidad artística, como valor, es un modo imprevisible y único de solucionar problemas de expresión o de construcción; o si se prefiere, es la satis-

Para mayor abundamiento, y no dilatar nuestras consideraciones teóricas, recuérdese que la pintura de Matta fue siempre inoperante desde el riguroso punto de vista histórico-artístico: con el fin de impartir un sesgo pictórico a su surrealismo —tendencia de suyo literaria, antes que pictórica—, recurre al pasado y prohija los conceptos formales de un "El Bosco" y de un Piranesi. Es decir, Matta se mueve en un ilusionismo mitad naturalista (configuración), mitad onírico (tema). Y a nadie escapa el carácter anti-ilusionista de los ideales y conceptos estético-visuales de hoy: el color, la línea, el plano, el espacio, el movimiento, la figura y los objetos triviales, son tomados en su materialidad y corporeidad más real. Y sobre todo, téngase en cuenta que en nuestros países no podemos sentar como ideal artístico una calidad a secas y por generación espontánea, sino como resultado de un nutrido número de artistas íntimamente compenetrados con los problemas de nuestro tiempo o, lo que es lo mismo, como corolario de una vigorosa estructura socio-artística o cultural.

Continuando con las obras del Festival y separándolas en tendencias, con el propósito de aclarar mejor sus respectivos aspectos de actualidad y cali-

ritmo formal un tanto constructivista y los de Salcedo con su humor y poesía. A Renard no lo creemos bien representado; sus dibujos nos atestiguan sólo calidad.

En la combinación cuadro con objeto ("pop-art"), encontramos a Eielson y Puzovio. Obsérvese cuán similares son en letra y en espíritu el "Quipus Amarillo" del primero y "Dalila" del segundo. Ambos ostentan una fascinante intensidad: Eielson de refinamiento y pureza, y Puzovio en la tensa polaridad que surge entre la ilusión de una figura femenina descomunal y la trivialidad de unos almohadones a los pies y unos focos de luz en el marco. Las obras de Lublin no las podemos juzgar; fue imposible verlas con sus mecanismos en funcionamiento; lo mismo nos sucede con una obra de Núñez sin la prescrita iluminación artificial en su interior.

Respecto a los objetos constructivistas, los de Puente nos atraen por la vigencia y calidad con que busca la materialización de los planos cromáticos en el espacio y lo logra con apreciable éxito en "Merodeo". Las cajas de Palacio, mientras tanto, resultan simplistas, exagües, ya sea que las anime un constructivismo o busquen la trivialidad "pop".

facción de necesidades inherentes a la realidad existencial del artista o del contemplador, con sus factores históricos, histórico-artísticos y de generación ("El valor aparece tan luego se satisface una necesidad" R. Bayer).

Sin embargo, podemos hablar de calidad remitiéndonos a la configuración de la obra. Es así como nuestras necesidades de ordenamiento formal, no son saturadas por los objetos cinéticos de Rodríguez: el uno se nos presenta monótono y el otro adolece de frontalidad (uno de los lados aparece más rico en luces que los otros y de cierta disparidad (la mitad superior no agrega nada. En cambio, el modo como Matta ha pintado su "Grande Decoración" colma nuestros requerimientos formales. Pero requerimientos que, por educación naturalista, acostumbramos a exigir al cuadro de caballete: ilusión de espacio, monumentalidad en la concepción, ritmo dinámico de las formas y armonía cromática. Razón por la cual, nuestras apetencias de actualidad continúan insatisfechas. Resumiendo, nos interesa el cinetismo de Rodríguez y lo preferimos, porque su actualidad nos hace tomar parte activa en los dolores de la realización de los últimos ideales estético-visuales; mientras que la calidad de Matta la disfrutamos plácidamente; esto es, sin comprometernos.

a saber, la obra de Polesello: colores luminosos y agresivos, a los cuales impersonales círculos sirven de vértebras, nos dan cuenta de este nuevo lenguaje visual hablado con claridad, talento y seriedad. Desgraciadamente, tres metros de distancia no son suficientes para apreciar la interacción cromática de este políptico en toda su magnitud (7 cuadros la componen).

Le siguen en vigencia, pero aún rasando la parte inferior del nivel medio aludido al comienzo de estos comentarios, el "op" por acumulación rítmicamente geométrica de un elemento único (collage) de Ruiz Durand, y el abstraccionismo un tanto rezagado y tímido en el color de Velasco. Las obras de Paltnik se topan peligrosamente con el texturalismo; su causa: la adusta materialidad de las maderas que ensambla hábilmente en configuración "op".

Vigente en cuanto a la renovación de la figura, pero sin mayores despuntes cualitativos: los lienzos de Deira, Caballero y Mejía, y los dibujos de Alcántara. Núñez combinando fotomontage y pintura, en compromiso político-social, muestra garra y buen sentido de estructuración pictórica. Inclinado al ilusionismo, el figurativismo

bién el de Barreda con su recio y tostado trampantojo que lo acerca al informalismo español. Y el de Gerardo Chávez que, no obstante la dedicación y el amor puestos en cada fragmento de la tela, acusa un obsesivo abigarramiento y una atrasada acentuación volumétrica.

Por último, las obras que constituyen la mayoría de la muestra, y predominan en nuestros países: las abstraccionistas de expresión lírica. Ellas obedecen a un circunspecto romanticismo: guardan un discreto equilibrio entre la calidad y la actualidad; no importa si rebajándolas. Siempre están bien, pero nunca entusiasman. Su ideal es hacer visible la emoción autobiográfica, mu-

chas veces de sesgo nacionalista. Para sus autores el arte es expresión y no construcción; intuición y no razonamiento perceptual. Nos referimos a las pinturas de Pérez Celis, Pacheco, Mabe, Lazzarini, Ohtake, Manzur, Herrán, Viteri, Villacís, d'Ebneth y Szyszlo. Dicho sea de paso, el monopolio de este romanticismo ya ha sido quebrado en el Perú, ejemplo: los claros y vigentes planteamientos de las obras del grupo "Arte Nuevo", actualmente en exhibición en el Museo de